

La crítica etimológica de Julio Cejador

JOSE JAVIER GRANJA PASCUAL

ABSTRACT

The author has edited a manuscript in which Cejador criticises the etymological criteria of Arturo Campión, accusing him of trying to use Indo-European phonetics to explain the phonetics of Basque; Cejador opposes any comparison between Basque and the Indo-European languages, holding that Basque etymology has to be approached through the supposedly unchangeable Basque language itself (this must be understood as following the ideas of Astarloa).

By way of an introduction to the manuscript, the author gives a summary of the life and works of Cejador, so as to allow the reader to reach as full an understanding as possible of this writer of his linguistic ideas in general.

En sesión celebrada el 13 de mayo de 1903 la Diputación Foral de Guipúzcoa disponía recomendar a todos los ayuntamientos de la provincia la adquisición de *El Lenguaje*, obra de Julio Cejador a la que apoyaría directamente en su publicación suscribiendo 40 ejemplares. La Comisión provincial emitía una circular dirigida a todos los ayuntamientos de la provincia en la que les interesaba en la adquisición de ejemplares de la obra, «con lo que se prestará un servicio eminente al país».

Lo que para la Diputación de Guipúzcoa era el trabajo de «una inteligencia escudriñadora y sagaz, ilustrada con el conocimiento de todas las lenguas» y «fruto de veinte años de meditación y estudio de un ingenio vigoroso, consagrado por ferviente vocación a este género de trabajos»¹ había dado como resultado que el euskera era la lengua primitiva, la lengua madre de todas las que se habían hablado posteriormente en la tierra. Todas las lenguas procedían del euskera y éste constituía el lenguaje natural.

(1) «Excelencias del Euskera», *Euskal-Erria*, 1904, LI, pp. 250-252. El título definitivo de la obra sería *Introducción al estudio del lenguaje* y constituía el primer tomo de la obra emprendida con el título *El lenguaje, sus transformaciones, su estructura, su unidad, su origen y su razón de ser*. El segundo tomo llevó por título *Los gérmenes del lenguaje, estudio fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje, como base para la investigación de sus orígenes*. El tercer tomo era *Embriogénesis del lenguaje, su estructura y formas primitivas, sacadas del estudio comparativo de los elementos demostrativos de las lenguas*. El cuarto tomo fue *Tesoro de la lengua castellana. Origen y vida del lenguaje. Lo que dicen las palabras. El euskera*.

El respaldo oficial a las tesis de Julio Cejador, afortunadamente no se vería refrendado por las autoridades científicas, sobre todo por Julio de Urquijo. También es cierto que los diputados no tenían obligación de saber que en materia lingüística el escritor aragonés se había apartado de las corrientes científicas dominantes en la época y se proponía apoyar su tesis extrayendo ejemplos de las lenguas más variopintas del mundo.

Julio Cejador y Frauca había nacido en Zaragoza el 7 de enero de 1864. Ingresó en los jesuitas y durante su noviciado en Loyola, a los 17 años emprendió el estudio del euskera. Posteriormente y siempre al servicio de la Compañía, conocería el árabe, hebreo, siríaco, copto, armenio, turco, etc...

Acabado el año de la tercera probación fue destinado a la recién creada Universidad de Deusto donde explicó griego. El rector de esta universidad le negó la profesión de cuatro votos cuando tenía fama, pese a su juventud, de ser el mejor lingüista y filólogo de la Compañía en España, parece que por sospechas emanadas de algunas denuncias, dado el funcionamiento de la Orden que Cejador siempre criticó. Fue reprobado por el Padre Ibeas, futuro Provincial, por haber opinado en público sobre el seguimiento que los jesuitas hacían de las órdenes del Papa, a preguntas de los integristas, en un momento en que la polémica sobre la obediencia papal unida a los dictados políticos del momento entraba en manifiesta contradicción con la opinión integrista.

Compuso la *Gramática Griega* para ser usada como libro de texto en Deusto. En ella explicaba muchos de los enigmas del griego a través del euskera. Los censores de la Compañía opinaron que «la obra era indigna de un hijo de la Compañía», pero replicada la censura por el autor, achacándola su metodología anticuada para la lingüística comparada moderna que él había seguido, consiguió que el rector autorizase su publicación. Era el comienzo de sus problemas para publicar libremente, a pesar de que había sido desposeído de sus bienes para ayudar a la impresión de sus libros.

Más tarde entregó el manuscrito de uno de los tomos de *El lenguaje* al rector para que pasara por la censura del Provincial. Un año más tarde descubrió que el rector había dejado el libro durante todo este tiempo en el mismo lugar en que lo había depositado el primer día, lo que unido a los impedimentos para que publicase sus teorías lingüísticas le movió a abandonar la orden tras veinte años, desde los 17 hasta los 37, dedicado a estudiar lenguas y filosofía.

Ejerció como catedrático en el instituto de Palencia y más tarde en la Universidad Central, siempre divulgando «mi gran hallazgo, por nadie, que yo sepa, estimado todavía en lo que vale, mi único trabajo original enteramente y de tal trascendencia, que no se le pueden aparear los descubrimientos todos de la prehistoria»².

(2) CEJADOR, Julio. *Recuerdos de mi vida*. Madrid, 1927, pág. 75.

Periodista, novelista, polemista, trabajador infatigable, sus tesis continuaban las de Poza, Larramendi, Astarloa, etc... Al final de su vida, en sus *Recuerdos de mi vida* cree que ésta ha sido «vida de pena, de tristeza inenarrable al ver que tengo un tesoro, que quiero comunicarlo y que nadie quiere siquiera volver los ojos para mirarlo, teniéndome acaso por loco»³.

Se propuso demostrar que todas las lenguas procedían del euskera —su gran hallazgo—, y a esa errónea teoría dedicó grandes esfuerzos, baldíos porque se fundaba en utilizar antiguos métodos a partir de la significación etimológica de cada letra del alfabeto. Utilizando métodos equivocados y llevando sus teorías hasta los radicalismos más infundados, cometió tres errores fundamentales expuestos por Julio de Urquijo⁴:

1. Supuso que el euskera no había evolucionado a través de los siglos aun admitiendo que las demás lenguas sí evolucionaron.
2. Quiso justificar mediante exhaustivos estudios las teorías de algunos lingüistas del XVIII que veían en cada letra del alfabeto un significado concreto que explicaba la etimología de las palabras.
3. Mantuvo que el euskera era la lengua primitiva de la humanidad de la que se derivaban todas las demás.

Por estas y otras críticas se enemistó con quienes no participaban de sus teorías, llegando a acusar a Ramón Menéndez Pidal de no saber latín y griego y a Américo Castro de escribir en «puerco y desvinciado castellano».

Los juicios críticos de Julio Cejador eran duros y parciales contra quienes no compartían sus teorías, especialmente contra los lingüistas franceses. Sirve de ejemplo la crítica que realiza a Julien Vinson al que califica de «enemigo de España y de las Bascongadas, alma del famoso cenáculo anticatólico, que fue en París, espíritu cerrado como el puño, envidioso a carta cabal, crítico negativo por los cuatro costados, hombre que no ve un palmo más allá de sus narices y por consiguiente hecho a hormiguar en minucias, incapaz de alzarse dos dedos del suelo y entender lo que otros hagan»⁵.

«Astarloa redivivus» según Uhlenbeck, «il n'a pas la méthode rigoureuse nécessaire pour parvenir à des résultats solides», pero jamás cedió ante las críticas a sus métodos y a su débil rigor científico.

No faltaron partidarios de sus teorías dentro del país. En 1906 Vicente Aguirre firma dos artículos en *Euskal-Erria*⁶ que defienden las

(3) *Ibidem*, pp. 76-77.

(4) URQUIJO, Julio de. «La tragedia de Cejador» *R.I.E.V.*, 1927, XVIII, pp. 513-519.

(5) *Ibidem*, pág. 516.

(6) AGUIRRE, Vicente. «Carta abierta a don Julio Cejador y Frauca», *Euskal-Erria*, 1906, V, pp. 126-133. — «Examen crítico del Tratado Lingüístico de don Julio Cejador y Frauca, encargado de las conferencias filológicas en el Ateneo científico de Madrid, titulado «El lenguaje, sus transformaciones, su estructura, su unidad, su origen, su razón de ser. Publicado en *Euskal Erria*, 1906, LV, pp. 280-288.

teorías de Cejador como continuador de Astarloa. Vicente Aguirre se atribuye la reconstrucción del lenguaje natural del hombre y la resolución de lo que se llamaba «el problema de la palabra». Había publicado en 1898 *Tentativas de reconstrucción de nuestro lenguaje natural y el problema de la palabra* donde defendía que «el vascuence por su inimitable pureza y por su arcaísmo sin par, es entre las lenguas habladas la que mejor y más fielmente refleja el espíritu de aquella lengua primitiva en la cual han tenido su origen todas las demás». Ahora veía en la exposición de las ideas de Julio Cejador la confirmación de las suyas que habían pasado desapercibidas, argumentando como seguidor de Astarloa a quien reconocía puesto que «esta reconstrucción de las letras del alfabeto no es obra nuestra, sino la obra de nuestro común inspirador y maestro, el vascongado Astarloa, a quien nadie puede disputar la gloria de haber elevado la escuela onomatopéyca vislumbrada por Platón y sostenida en la época moderna por Leibnitz, Humboldt, el famoso presidente De Brosses, etc., etc., hasta los dinteles de una verdadera ciencia»⁷.

Vicente Aguirre transcribe íntegro el primer capítulo de su libro para demostrar que las cinco primeras vocales del alfabeto son «al lenguaje hablado, lo que los elementos constitutivos del óvulo fecundado de que nace el niño son al organismo adulto, la simiente a la planta y la célula al tejido, esto es, el germen mismo de la palabra humana»⁸.

Pretendía demostrar la «génesis evolutiva del grito humano» hasta llegar a la palabra. Creía que cualquier estímulo externo llegaba al alma y producía una sensación que, identificada con una imagen, llegaba hasta el pecho a través de los nervios motores y producía la «inteyección» que era transmitida al exterior por medio del sonido-grito humano.

Admitía un sistema lingüístico universal y armónico paralelo al sistema filosófico de Pitágoras en el que «el universo creado es a su vez un gran armonium formado de seres que son sus notas musicales, de tal modo que siempre que una excitación venida de uno de estos seres o notas musicales llega al alma humana y se produce la sensación, la imagen sobre ella grabada, que es la imagen del ser o nota musical sentida, se pone en conmoción y esta conmoción transportada inmediatamente al pecho a través de los nervios motores, sus naturales conductores, produce la inteyección, que es luego transmitida al exterior a favor del sonido»⁹.

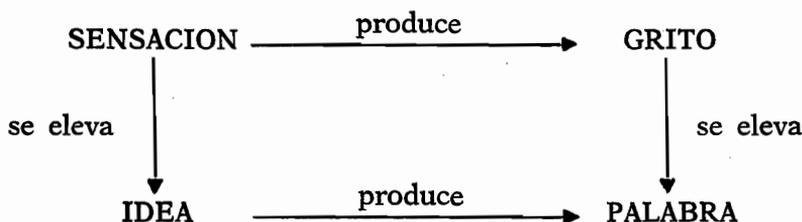
Invoca en apoyo de estas ideas textos de la Biblia y explica las palabras como un paso superior en este caminar explicativo de la formación del lenguaje humano: «Cuando una sensación, cualquiera que sea, se eleva a la categoría de la idea, sucede que el grito, expresión de

(7) AGUIRRE, Vicente. «Carta abierta...». Pág. 132.

(8) AGUIRRE, Vicente. «Examen crítico...». Pág. 281.

(9) *Ibidem*, pág. 284.

aquella sensación, se eleva, a su vez, a la categoría de la palabra». En consecuencia se establece un paralelismo entre:



Continúa con explicaciones extrañas sobre el proceso de aprendizaje del lenguaje humano que durante la primera etapa se nutre de las interjecciones de los padres del niño «de tal modo que en el momento de nacer no había ni podía haber en el lenguaje naciente una sola nota ni un solo acento que antes no hubiera estado en las interjecciones de sus progenitores»¹⁰. Finaliza alabando a Astarloa por haber demostrado que las letras del alfabeto son otros tantos gritos naturales y los gritos además «sobre los cuales ha cimentado el hombre la maravillosa obra de su gramática».

Ideas parecidas a las expuestas por Vicente Aguirre en su obra son tratadas muy poco después por Julio Cejador en *Los gérmenes del lenguaje*, subt. «Estudio fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje como base para la investigación de sus orígenes» en el que pretende sentar las bases indispensables para poder investigar la naturaleza y origen del habla. Estas bases serían el análisis físico, fisiológico y psicológico de los elementos del lenguaje, de sus primeros gérmenes que identifica en las voces. Todo ello dirigido a encontrar la forma primitiva del lenguaje natural y perfecto del que se deriven todas las lenguas conocidas.

Según Julio Cejador el lenguaje primitivo, los términos más necesarios, usuales y esenciales del lenguaje primitivo eran monosílabos, V+C o C+V, teniendo en cuenta que estos monosílabos sencillos eran «ideofonemas», es decir, cada sonido encerraba una idea muy general y susceptible de un largo proceso analítico equivalente a una oración completa. Las combinaciones polisilábicas se fueron formando paulatinamente.

El defecto metodológico que se observaba en todas las teorías de Julio Cejador era que utilizaba sólo y parcialmente los elementos dirigidos a demostrar una tesis prefijada, mediatizando los resultados de su investigación al fin inicial propuesto.

La dedicatoria del libro estaba dirigida a todos los euskeldunes:

(10) *Idem*, pág. 287.

EUSKALDUN-GUZIAI

«Zuen-zamiñak zaminzen naute
 zuen-pozak poztu
 zuen-biziak bizirik naduka:
 zuenza kotu-zazute, beraz, liburu au
 zuena nere-bioza ere dezutenezkero»¹¹.

Consecuente con su programa inicial, en años posteriores Julio Cejador continuaría profundizando en sus tesis. Habiendo hallado en el euskera la lengua primitiva anterior a las indoeuropeas y al mismo tiempo el lenguaje natural que responde a los mecanismos psicofísicos, el euskera es el habla natural que encaja en los principios de la sicología colectiva y el habla de la que nacieron las lenguas indoeuropeas. Cejador explica que el euskera es el habla natural por los mecanismos psicológicos que intervienen en su formación. El lenguaje nace del gesto; la articulación es un gesto que se hace con la boca y que expresa los estados interiores del hombre, sus emociones. El gesto es manifestación externa de la sicología interna. Ocurre que los gestos elementales del lenguaje son voces euskéricas, por lo que concluye que el euskera coincide con las primitivas manifestaciones sicofísicas que forman los elementos del lenguaje.

En lógica correspondencia con estos principios, en 1908 publicaría el *Tesoro de la lengua castellana. Origen y vida del lenguaje. Lo que dicen las palabras. El euskera*, presentando un diccionario con las palabras ordenadas no según el abecedario, sino «en grupos naturales con arreglo al orden lógico e histórico que les marca la derivación de los sonidos elementales y la descendencia de unas en otras lenguas, desde el viejo euskera y las antiguas lenguas indoeuropeas, principalmente el griego y el latín, al castellano»¹².

Podemos observar el progresivo ahondamiento de Julio Cejador en unas teorías que por poco rigurosas y exacerbadas no merecían mucho más que la indiferencia por parte de los lingüistas que admiraban en el polígrafo aragonés su erudición y capacidad de trabajo, desafortunadamente puestas al servicio de teorías equivocadas y con el único fin de demostrar que todas las lenguas procedían del euskera, fin apriorístico al que dirigía todos sus esfuerzos demostrativos¹³.

En la *Historia de la lengua y literatura castellana* (1915), mantiene de nuevo que la lengua primitiva de los españoles había sido el «éus-

(11)

A TODOS LOS EUSKALDUNES

«Vuestras amarguras me amargan
 vuestras alegrías me alegran
 vuestras vivencias me vivifican:
 apropiaros vosotros, por consiguiente, este libro
 vuestro ya que tenéis también mi corazón.»

(12) GOMEZ DE BAQUERO, E. «Reseña de *Tesoro de la lengua castellana. Origen y vida del lenguaje. Lo que dicen las palabras. El euskera*». *Euskal Erria*, 1908, T. LIX, pp. 424-428.(13) URQUIJO, Julio de. Reseña en *R.I.E.V.*, T. III, año 1909, pág. 128.

caro» o lengua vascongada. Continuator del iberismo se convierte en un epílogo de Larramendi, Erro, Astarloa y Humboldt al afirmar que «veintidós siglos de lucha del latín y de su sucesor el castellano, de la literatura, de la cultura y de la política no han bastado para hacer desaparecer del suelo español su primitivo lenguaje, que, acorralado, fuese retirando poco a poco hasta reducirse a las provincias vascas»¹⁴.

Julio Cejador explica la aparición del romance castellano a partir del choque entre el «éuskarro» o «lengua nacional de los españoles» con el latín vulgar que traían los romanos, resultado del cual fue un habla con gramática más próxima a la latina pero con fonética y léxico más cercano al euskera.

En los *Diálogos sobre el origen del castellano* (Madrid, 1915), Cejador estudia la influencia del euskera sobre el romance castellano a partir de la certidumbre de que el latín por sí sólo no había evolucionado hasta formar el castellano, sino que sólo la lucha con la lengua indígena —el euskera— explicaba la evolución tan rápida del castellano en contraste con el lento desenvolvimiento de las lenguas indoeuropeas: «si el latín fue el padre, el eúscarro fue la madre del castellano».

Mantiene que el euskera influyó sobre el romance castellano en el primer momento de su evolución, no negando que posteriormente haya que considerar el influjo del latín sobre los vocablos cultos. Pero en la formación del elemento popular de la lengua es decisiva la influencia del euskera y apenas reconocida la de las lenguas prerromanas que se hablaban en la península. Valorando de manera notable el sustrato de voces vulgares procedente del euskera, en literatura sigue un camino paralelo al poner «muy por encima de cualquier obra erudita la menor obra del pueblo, la comunmente no escrita, la sancionada en cambio por el consentimiento de la raza española, como aprecio al habla popular, la única natural, mucho más que cualquier otra modificación que en ella introducen los eruditos. La razón es clara para los modernos filólogos: lo que los eruditos añaden al idioma nacional es sencillamente una falsificación del idioma»¹⁵.

Partiendo de estas premisas no es extraño que valore la lengua castellana como una obra de arte popular infinitamente superior a toda su literatura.

Además del léxico observa la influencia decisiva del euskera en la fonética y en algunos elementos morfológicos.

Resumiendo las razones con que justifica el predominio del componente euskérico en la formación del castellano, podemos decir:

1. La fonética del castellano responde a la euskérica, no a la latina.
2. Sólo el castellano entre las lenguas románicas tiene las cinco vocales puras, al igual que el euskera.

(14) CEJADOR, Julio. *Historia de la Lengua y Literatura Castellana*. T. I. Desde los orígenes hasta Carlos V. Madrid, 1915, pág. 25.

(15) *Ibidem*, pág. XII.

3. Influencia en la aspiración y pérdida de f->h.
4. Confusión b-v.
5. Pronunciación suave de las oclusivas sonoras: b, d, g.
6. Uso de las palatales ch, ñ, ll.
7. El castellano sólo utilizó los grupos de consonantes que admitía el euskera, perdiendo otros que tenía el latín y siguen utilizando otras lenguas románicas.
8. La mayoría de los sufijos son de origen vasco.
9. En castellano perdura un «inmenso caudal léxico» de origen vulgar euskaro, sobre todo lo referido a las voces más corrientes y que expresan los conceptos más tradicionales y que supone aproximadamente la mitad del léxico castellano.

Algunas de estas ideas han sido confirmadas posteriormente por otras autoridades lingüísticas mientras que otras pecan de evidente exageración que no necesita demostrarse.

Crítica de las etimologías de Arturo Campión

El manuscrito que se presenta ahora, localizado en el legajo Campión del Archivo General de Navarra, corresponde a la crítica de Julio Cejador al «Criterio etimológico del señor Campión» a propósito de los *Testimonios de la lingüística*, 3.^a parte de los *Orígenes del pueblo euskaldún (Iberos, Keltas y Baskos)*, publicado según Cejador en un volumen sacado de la revista *Euskal-Erría* que no he localizado. Si encontramos la materia a que se refiere Cejador en la *Euskariana X*, impresa en Pamplona en 1931 donde se recopilaban las primeras entregas de los *Orígenes* en el *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra* en 1895 (los tres primeros capítulos) y su continuación en *Euskal-Erría* desde mayo de 1897 (1.^a y 2.^a parte enteras y la mitad de la tercera).

La primera parte la constituían los *Testimonios de la Antropología, Etnografía, Etnología y Arqueología* (recopilados en la *Euskariana VIII*). La segunda parte estaba formada por los *Testimonios de la Geografía y de la Historia clásicas* que forman parte de la *Euskariana X* junto con la 3.^a parte *Testimonios de la Lingüística* de la que los nueve primeros capítulos se encuentran en la *Euskariana X* y el resto en la *Euskariana XII* (1936).

Toda la crítica etimológica de Cejador se centra en los capítulos comprendidos en la *Euskariana X* y a ellos remito a quien quiera comprobar las afirmaciones de Arturo Campión objeto de crítica por parte de Julio Cejador. La idea que guía la crítica del polígrafo aragonés es mostrar «las tendencias defectuosas que pudiera encerrar» el criterio etimológico del escritor navarro a quien no obstante reconoce su trabajo e inagotable erudición pero acusa de querer explicar la fonética

vasca por la indoeuropea. Propugna los criterios inductivos y comparativos de la moderna lingüística.

Julio Cejador se muestra contrario a la explicación del euskera desde la comparación con el indoeuropeo para propugnar que las etimologías euskéricas han de comprenderse desde el euskera mismo, «organismo tan bien trabado en todo el engranaje de sus ruedas, que él mismo está diciendo por dónde se desmonta».

Una vez más defiende la inalterabilidad del euskera y se muestra contrario a la utilización de lenguas dispersas para encontrar explicación al euskera, al tiempo que reclama leyes y principios nuevos que impidan las arbitrariedades etimológicas tradicionales.

Criterio etimológico del señor Campión

«Los lectores de la *Euskalerrria* irán leyendo el largo y eruditísimo trabajo del Sr. Campión sobre *Celtas, Iberos y Euskaros* o *Los orígenes del pueblo euskaldún*. Como el benemérito autor es uno de los campeones de los estudios euskéricos que más han trabajado en estos últimos años, su criterio etimológico puede formar escuela, y conviene que otros hagan notar las tendencias defectuosas que pudiera encerrar para que al seguirla no dejemos, como suele acontecer, lo bueno e imitemos lo menos loable.

Tal es la razón que me ha movido a señalar los defectos que yo he notado en ese criterio, pidiéndole de antemano mil perdones al Sr. Campión, a quien me atrevo a proponer mis observaciones precisamente porque estimo grandemente sus trabajos y su inagotable erudición.

En vez de asentar de buenas a primeras los falsos principios de que adolece su criterio etimológico, paréceme será mejor descender a casos concretos que los pongan de manifiesto por sí mismos. Sigo la paginación de la edición aparte, San Sebastián 1897.

En la p. 262 se lee: «No obstante, yo opino que *artz*, *hartz* (*gartz*, *kartz* y según autoriza a pensarlo el apellido baskón García, *gartzea*, *kartze*, con e final), es palabra euskara, cuya etimología acaso ha de buscarse en *ar*, *kar*, «varón, animal macho», y la terminación nominativa usual *tz*, que a veces comunica al sustantivo cierta nota de abundancia o tamaño: *artz* equivaldría según esta hipótesis, al «gran macho», aludiendo a su vigor y fuerza».

Muchas cosas se me antojan no del todo exactas en este pequeño párrafo. El Sr. Campión pone como sinónimo de *artz* en primer lugar a *hartz*, que no difiere en la pronunciación y sí sólo en la adición de esa *h*- francesa, que ni allende ni aquende el Pirineo ha sonado nunca en Euskera; luego *gartz*, *kartz*, términos que no existen ni podrá probar que hayan existido. Es muy socorrido eso de aprovecharse de la falsa *h*- francesa para suponer una antigua paladial. Este principio del

autor en no pocas etimologías debería probarse de antemano. Ahora bien yo desearía que se me trajera una sola raíz en la cual ha desaparecido esa paladial.

En las regiones de Navarra donde existe *k*-, *g*- con los demostrativos derivados de *a*-, *o*- *u*-, nunca existe la paladial en ningún vocablo de esos que en Francia escriben con *h*-. Si alguna *h*- francesa fuera resto de antigua paladial, se hubiera conservado esa paladial en algún término que otro entre los navarros que la pronuncian con dichos demostrativos.

Tampoco puede servir de argumento la *k* de *kume*, *hume*, porque ese *kume* no existe. Pero existe, se me dirá, en composición: *emakume*. Esa *k* no pertenece a *kume* sino a *ema-k* = *la que da de sí* activamente. Existe esa *k* con otros varios sufijos, sin que se pueda deducir que se ha perdido donde no se halla. Así tenemos *-antza* y *-k-antza*, *-er* y *-ker*, *-eta* y *-keta*, *-ari* y *-k-ari*, *-unde* y *-k-unde*. Este hecho sólo prueba una cosa, que *-k-* indica *actividad*, no sólo sufijado en *gizona-k*, sino en la derivación sufijativa. De igual manera *-t-* indica relación local u otra metafóricamente derivada en no pocos sufijos, por ej. en *-t-ar* y *-ar*, *-ari* y *-t-ari*, *-eli* y *-t-eli*, *-ik* y *-t-ik*, *-ara* y *-t-ara*, etc. Es la *t* de *-t-an*, *-ta-rik*, *-ta-ko*, *-ta-rantz*, etc., donde es claramente local, la *t* de *ni-ta-z* = *de mí* y de casi, o sin casi, todos los casos de la declinación de los demostrativos. Esas *-t-*, *-k-* no son eufónicas, puesto que no vienen a evitar reuniones silábicas que no admita el Euskera, ni pertenecen esencialmente a los sufijos en cuestión, cuya etimología es clarísima sin dichos sonidos. Luego *t* indica relación locativa o de otra especie, que yo explicaré en otra ocasión, y *k* actividad. Son, pues, dos sufijos parecidos, pero no idénticos, y entrambos orgánicos, *-ari* y *-t-ari*, *-era* y *-k-era*.

No se puede, pues, admitir que *artz* provenga de *gartz*, *kartz*, ni *ar* de *gar*, *kar*. Ni *gartze*, *kartze*, ni *García* tienen, por consiguiente que ver con *artz* = *oso*. Dice el autor que *artz* equivaldría a *gran macho*. Ni *ar* vale *macho* así en general, aunque lo valga en *oll-ar* por ej., ni *-tz* significa nunca *grande*. *Ar* lo que vale es *coger* y *agarrar*, que es lo que distingue al oso, viniendo así a parar a la etimología de *Moguel*, bien por otro camino, no por contracción de *atzapartsu*. El curdo *harc* y el armenio *arg*, que el autor trae a colación, nada tienen que ver con *artz*, porque ni al curdo o al armenio debe nada el Euskera, ni siquiera al ario, ni la paladial aria se ha probado que en Euskara se haya vuelto nunca silbante.

En la misma página 262 leo: «El nombre del «ratón», *sagu*, *sabu* se relaciona con el del «topo» *sator*, *satsuri* y el de la polilla *sits*. Al mismo grupo de nombres pertenece *satsu* «feo, sucio», que nos indica una raíz *sa* con significación denigrativa, la cual, igualmente, late en *zar* «viejo» y *char* «malo». No quiero analizar la etimología de estos vocablos, porque lo he de hacer más despacio en mi obra *El lenguaje*, y lo mismo digo de otros muchos que aquí se han de recordar. Lo que

sí advierto es que conviniendo esas palabras en la sílaba *sa* debía haber probado el autor que de ese *sa* derivaban todas ellas, que la *i* de *sits* provenía de *a*; y que *sa* tiene significación denigrativa. Ese cambio de *i* en *a* o de *a* en *i* debería legitimarse por inducción, como otros muchos cambios que el autor admite para sus etimologías.

Este principio de admitir cambios fónicos según convenga para salir del paso, es otro de los que malean el criterio etimológico del Sr. Campión. En su *Gramática* no veo probado suficientemente ningún cambio fónico.

En la pág. 273: «*Goldenabar*, además de nombre del arado *golde*, presente el de *abar* «rama», viniendo a significar, literalmente, «rama del arado»...

¿Y la *-n*? *Goldabar* se hubiera dicho en euskera, de no admitir epéntesis innecesarias, que no existen en esta lengua, aunque sí en el análisis verbal del Sr. Campión. Todo sonido que no se sabe explicar es epentético. ¿Es principio razonable?

Página 276: *Ogal*, *oihal* ... guarda relación de forma con *ego* «tejer». La aféresis de *e* en *ogal* (*eogal*) se ajusta al genio de la lengua». No veo otra relación entre *ogal* y *ego* más que la existencia de *g*; ni *gal* puede salir de *go* o al revés, ni la aféresis de *e* es según el genio de la lengua. Y si no vengán ejemplos parecidos a *ogal* de *eogal*.

En la misma página pregunta si *erraztun* tiene relación con *erazle*, que dice venir de *erauzi*. No conozco ni un vocablo euskérico en que se trueque sin más ni más la *r* fuerte en suave o al revés. Que la raíz *az* en *er-az-le* y la *auz* en *er-auz-i* sean una misma cosa sólo puede admitirse por aféresis de la *u*; pero tales aféresis está por probar que existan en euskera.

Página 277: «*Negu* parece compuesto con el sustantivo *egun*, «día»; pero ¿qué significa el prefijo *n*?». No sé si el Sr. Campión admitirá prefijos en Euskera; el Euskera por lo menos, no los admite. Esa *n* para el P. Fita sería el artículo céltico!

En la pág. 279 vemos a dónde conduce el sacar vocablos bascongados de raíces arias, otro principio que malea el criterio etimologista de Campión: «El nombre del «dos», *bi*, *bida*, *biga*, parece derivación del sánscrito *dwi* por tránsito del latino *bis*, *bini*. A esta suposición cabe oponer otra: que *bi* es residuo de *bida*, *biga*. ¿En un sistema de numeración tan perfecto como el euskérico había de faltar nombre para el dos, que no falta en las lenguas más atrasadas? Ese *bi-s* es euskérico como *bi-n-i* plural de *bi-na*, *bi-na-ka*, como *-da*, *-ga* en *bi-da*, *bi-ga*, que por eso «nunca se usan acompañadas de nombres», porque son derivados del *dos*, que es el numeral propio; que va con ellos. ¿Hay raíz más prolífica que *bi* en Euskera? Además, del *dwi* no provino el *bi-s* latino, sino que de *bi* provinieron *bi-s* y *dwi*; y ese *bi*, que sólo en composición o derivación conservan las lenguas indo-europeas, existe de por

sí sin necesidad de tales aditamentos sólo en Euskera, porque en esta lengua no ha llegado todavía a viejo, que necesita de bastón o lazarillo.

Página 283: «*Abal* se ha de considerar como variante de *ubal* «co-reea». Cuando pruebe el Sr. Campión que *u* y *a* cambian entre sí en Euskera. En la misma página saca a *bringia* de *bere-egin-koa*, pero sin haber antes probado tales contracciones: *Lichar*, añade, pudiera estar formado con alguna variante de *elhi*, *ele* «rebaño de cabezas mayores» y *ar* «tomar»; *lapur*, con el «alcanzar, coger» y *apur* «poco, miaja». Para sacar a *lichar* de *ele* hay que quitar *e*, añadir *-char*, quitar *e* y poner *-i*: es decir que sólo tienen de común estos dos términos la *-l*. ¡Nada! *lacayo* de *leguleyo* y aun tienen más letras comunes. En *lapur* de *ele-apur* hay que quitar *e*; pero, como es según el genio de la lengua...! Por eso en la página siguiente *leya* y *ele* también pudieran ser primos hermanos.

En la página 285 *-to* es aumentativo en *neska-to*; en la página 235 *-to* es diminutivo en *atx-to*. El sufijo *-to* nunca es diminutivo en Euskera.

En la misma pág. 285: «*Jaun, jein* es contracción de *jabe-on*». Permítame que le diga que no, que el Euskera hubiera dicho *jab-on*, si la *-b* fuera radical, que no lo es sino *ia-*, de donde *ia-be* y *ia-un*, como *iu-ko* en *ia-inko* y *uregi* en *ia-uregi*.

En la pág. 286 trae a *emazte* de *ehti* = *miel*, siendo claramente *az-te* el empezar a ser, *em-azte* = *la esposa* que da el ser; y engolosinado, sin duda, vuelve a la miel en *eztai* = *bodas*, aunque la terminación *-tai* le parece oscura y acude a *tegi* = *lugar*. La raíz *ez* (*es*) vale *apretar*, *reunir* y *-tai* es sufijo, no oscuro, sino claro, compuesto de *-ta* y de *-i*, como *-tui*, *dui-* de *-tu* y de *-i*.

En la pág. 287: «Pero el nombre de sabor más arcaico y el más sugestivo, es el de la Asamblea o Junta: *batzarre*, *bilzar*», palabras compuestas de *bat* «uno», *zar* «viejo», *te* (sufijo) «muchos» y *bil* «reunir». No veo yo dónde entre aquí *te*. Ni menos *zar* = *viejo*, pues si hubiéramos de analizar *bat-zarr-e*, obtendríamos la idea de *viejo de unidad*. *Batzar* consta de *ba* como *ba-na* = *uno a uno*, como *ba-kar* = *único*, como *ba-kun* = *raro*, como *ba-peh* = *uno no más*, y de *tz* de multitud, y *-ar* adjetivo, como *ba-tzu-k*, *ba-tzu-ek*, *ba-tzu* = *unos*, como *ba-tzan-du* = *reunir*, y como *bil-z-ar* de *bil*, *-z* y *-ar*, y como *bal-tz* de *bel-* en *bel-u*, y en *bal-s-an* = *juntamente*, *bel-e* = *cuervo*, *bal-tzu* = *junta*, *bil-dur* = *miedo que aovilla (bil)*, etc.: *ba*, *bal*, *bil* son tres raíces distintas, aunque de significado muy parecido. Y no extrañe que, *negro* tenga algo que ver con *unir*, pues *bazo* en Castellano vale *negro* y *apretado* y es de origen euskérico, como *baza* y *bazofia*, *pel-la*, *pil-a* y otras muchas.

En la página 289: «*Arreba* ... oscurecido ya el sentido primero ¿se aplicó posteriormente a la hermana?». De manera que aunque hoy signifique *hermana* para el hermano, según el autor debió de significar antes *esposa*, *mujer*. Estos trasiegos de los nombres para significar co-

sas distintas en distintas épocas son otro defecto del sistema etimológico de Campión. «*Alaba* «hija» tal vez debe su actual significado a una extensión de sentido del hipotético y primitivo *ara* «vaca»... «*Alava* podría ser simplemente variante de *arreba*, reduciéndose a la significación de «hija» al terminar las uniones incestuosas».

Con los flexibles resortes de la epéntesis, de la aféresis, de la contracción y del cambio fónico no hay guisos ni volatines que no se puedan hacer de las palabras; si añadimos el proteico cambio del significado y luego un poquito de hipótesis de dioses, instituciones como la de la miel de las hadas, de supersticiones... Digo yo, si no será fácil arrancar la etimología al vocablo más duro de pelar.

En la pág. 291: «Van Eys supone que la terminación *izun* es alteración de *izen* «nombre». La hipótesis es probable: *aitasun* «nombre de padre» (pseudo-padre). El *az* inicial de ciertos nombres (*azama*, p. ej.) me parece contracción de *ugatz*». Y vayan alteraciones y vengan contracciones.

En la página 293 hay un verdadero sorites de hipótesis. Se da como cierto que *orz* y *ost* son una misma cosa, aunque yo he de probar en otra ocasión lo contrario. Se trata, pues, de averiguar cuál fue la forma primitiva y para ello se establece que en un tiempo no hubo *r* o *s* en Bascuence y que después apareció por arte de *rotacismo* o de *setacismo*, es decir porque sí. Para saberlo se acude a *ilaski* que por ser sinónimo de *illargi* ya ha de constar de los mismos elementos etimológicos, aunque se trate de *acabar* y *terminar*. *Aski* parece más arcaico que *argi* por lo menos al Sr. Campión, que tendrá sus buenas razones para ello, y por consiguiente con este *aspecto más arcaico* tan averiguado y cierto ya tenemos que la *s* es más antigua que la *r*. Dejo otras cosas que allá puede ver el curioso lector. Pero yo no comprendo un Euskera sin *r*, así es que no me hace mucha mella eso del *aspecto más arcaico*. Y créame que *il-aski* no significa propiamente más que *crecimiento* y *mucho de luna*, así como *ill-argi* = *luz de la luna*, con lo cual ese *aspecto* cambia de idem, y podemos dejar en paz a la *r* y al *orz* y al *ost*, que no tienen el mismo origen, como no lo tienen *osto* y *orri* que valen *hoja*, ni *usai*, *usma*, *usna*, que significan *olor*. ¿Quién deduciría de aquí el cambio fónico de *ai* en *ma* y en *na*? De la misma raíz *us* salen tres formas con tres sufijos distintos. *Ain-ara* y *elae* significan *golondrina*: ¿Tienen el mismo origen? Ni mucho menos: *ela-i* indica la que propende a volver a llegar, y *ain-ara* da a entender la misma idea. Pero *elai* viene de *el* = llegar, *ain-ara* = *al mismo sitio, allá mismo*.

En la página 310 vuelve a los prefijos y saca *burdin* = *hierro* de *urdin* = *azul*, y añade muy seriamente: «Ignoro lo que significa la *b* prefijada». Y yo. Luego trae *arotz* y *arrantz* de *arri*, siendo, como son tres cosas muy distintas: *arotz* es el *entendedor* por batir el hierro, *arrantz* = el que rompe piedra o mineral, y *arr-i* = *piedra*. *Auspo* y *ausko* = *fuelle*, los deriva de *ats* = *aliento*, que es seguir al P. Fita

cuando deriva *berun* = *plomo* del Sanskrit *madhu* = *dulce*, y *pastoso* según él, aunque no según el Sanskrit.

Ni *urre* significó nunca *plata*, como quiere decir el autor en la página 312, aunque Micoleta traduzca *platero* por *urragin*, como *plata* no significa *oro* aunque llamemos *platero* al que nos hace un anillo de *oro*, ni *urre* viene de *ur*, que tiene *r* suave, sino de *urre* que vale *pequeño*, *parco*, etc., y se dijo por lo exiguo de las pepitas en que se encuentra.

«La significación primitiva de *catus* fue, indudablemente, la de «perro», dice en la página 316. Yo creo que *katu* fue siempre el gato en Euskera, o el que coge, y que el Latín nunca supo llamarlo más que *felis*, pues S. Isidoro dice que era vocablo del pueblo español: *ka-ko* es un gancho que coge, como un *caco*, *ka-te* es *quitar*, *alzar* y *coger* y la *trabe* o madero que *traba*; *kalden* es un *tullido* o *cogido*, *katea-tu* es *apresar*, *coger*, etc., etc.

En la misma página se deriva *abar* = *rama* de *ab(e)-a(da)r* = *cuerno*, *asta del árbol*. ¡Aquí de *cadáver* o *ca(ro)da(ta)ver(mibus)*! *Ab-ar* es un derivado de *ab-a*, *ab-e* = *tronco*, *árbol* y eso es la *rama* sencillamente.

En la página 341: «*betar* de *be-adar* «cuerno, rama de abajo». Es sencillamente *-tar* de *be*.

En la misma: «Es perfectamente compatible con el fonetismo euskaro que *kirten* provenga de *chorten*». Ni con el fonetismo euskaro ni con el de ninguna lengua del mundo es compatible el paso de *ch* a *k*; lo contrario es fenómeno muy usual, aunque no en Euskera.

En la pág. 342 *os* = *or* en *osto* y *orri* = *hoja*, y se añade: «La forma primitiva ostentaría la gutural fuerte». No hay tal ostentación que valga.

En la pág. 343: «*Azal* ¿será violenta metátesis de *latz*? ¡Y tan violenta! Hay cosas realmente inexplicables: al ver escrito *azal* nada más fácil que leerlo al revés; pero pronuncie V. *azal* y dígame si es posible que equivocándose cincuenta veces una de ellas resulte *latz*! Pues para que se admitiera tal metátesis debería resultar de 50 las cuarenta y nueve.

«*Saroi* es contracción de *sara-toki...*». «*Galatz* se compone de *gain*, *gañ* «encina» y *latz* «áspero».

En la página 349 *aragn-aun* del Gascón dice que de *aragón*, igual a *agran*, *agren*. En Tudela de Navarra suena igualmente *arañón* la endrina: es aumentativo-diminutivo de *aran*, como de *giz-a*, *giz-on*, de *ait-a* *ait-on*. *Aran* nombre genérico de la ciruela lo fue primero de la conocida, que era la silvestre, la endrina, lo dice su etimología *ara-n* = lo del campo salvaje o inculto; luego se aplicó a la cultivada y al endrino se le llamó *arantzabeltz*, de *aran-tz* = espino, propiamente planta de *aranas* o endrino; *ok-aran* se refiere a la propiedad de soltar el vientre y de vomitar *okon*, *ok-egin*, de toda clase de ciruelas.

Acerca de la palabra *ur* = *agua* diserta largamente el autor desde la página 363. Supone el cambio de *r* y *g* y aún *d* en *ur*, *ug-alde*, etc.,

admite el de *n* en *i*, etc., etc. Todo pende del análisis falso de los vocablos, el cual dejo para mi obra general, pues me entretendría demasiado.

En la pág. 370 deriva *egun* de *ekhidun*, lo cual es volver al sistema del siglo pasado. *Eg-un* tiene por sufijo *-un* = espacio, del *eg*, como *ek-i* tiene *-i* = lo propio del *ek* y *eg-uzki* tiene *-uzki* el que derrama y vacía el *egi*, como *eg-i* = lo propio del *eg*, la *verdad*, la *esquina*, todo lo que sobresale y se echa de ver, que tal es el valor de *ek-*, *eg-*, lo mismo que en *eg-o*, *eg-a*, *eg-al* por *ala* y *volar* o sea subir arriba, *ega-z*, *egaz-tin*, *eg-an* = *volando*, *eg-o* = *solano*, *ego-alde* = *sur*, *ek-in* = *subir*, *eg-ur* = *leña*, que encierra *eg*, etc., etc.

Traer a *izar* = *estrella* de *diz* = *brillo* y *ar* = *piedra* es volver a las aféresis, que no hacen falta, sobretodo para decir que una estrella es una piedra de brillo. Pero *ar* no es piedra, sino luz y fuego, de donde *arr-i* = *piedra*, calcárea o silíceo, lo de luego, *bi-ar* = *mañana* o segunda luz, *arr-ats-alde* = *atardecer*, al finalizar el *ar*, *ar-gi* = luz o que hacer *ar*, *arr-e* = *gris* o color del *ar*, *ar-doi* = *ar-dai* = *ar-do* = *yesca*, *vino*, que tiene ardor, *ar-ta* y *art-aza* = *alba* o apuntar el *ar*, *arti-izar* = *lucero matutino*, etc. Ni hay que creer que *ar* es alteración de *gar* = *llama*, como leo en la página 386.

En la 399 encuentra el autor «notoria relación de forma» entre *zuri*, *zori*, *ori*, *gori*, *gorria*, *gar*, *kar*, es decir añadiendo, quitando y cambiando letras; la misma encuentra en la página 403 entre *irun* y *ari*.

Los antiguos etimologistas tenían el gran defecto de querer explicar la gramática euskérica por la gramática latina; los modernos quieren explicar la fonética bascongada por la indo-europea.

Pero le caen tan bien al Euskera las leyes fonéticas del Sanskrit, Griego y Latín como la gramática. Mientras no prescindamos de otras lenguas en el estudio del Euskera no haremos más que dar batacazos. Necesario es el conocer los procedimientos de la moderna ciencia lingüística, pero no para aplicar al Euskera las leyes sacadas del estudio de otras lenguas. Cada lengua tiene las suyas, que deben establecerse por el estudio comparativo y la inducción. Sigamos en el estudio del Euskera los procedimientos de la moderna Lingüística; pero no aplicando al Euskera leyes que sólo sirven para las lenguas de donde se dedujeron por medio de la inducción.

Precisamente el fonetismo euskérico es totalmente contrario del indo-europeo, como expondré en otra ocasión: el uno se funda en el sistema repulsivo, el otro en el de atracción. De aquí que mientras en éste todo se vuelve contracciones y asimilaciones, en aquél todo son resistencias y obstáculos para evitar cualquier asimilación o contracción y esto lo mismo en las vocales que en las consonantes.

La etimología euskérica ha de emprenderse por otro camino. El Euskera es un organismo tan bien trabado en todo el engranaje de sus ruedas, que él mismo está diciendo por dónde se desmonta, está mostrando sus articulaciones. Sólo hace falta una llave para destornillar

las piezas. Pero, por Dios, que esa llave no sea inglesa ni indo-europea, porque no encajarán; tiene que ser llave euskérica, hecha exprofeso con las medidas que proporciona el mismo Euskera.

—Que nos faltan datos para comparar las formas actuales con las antiguas—. Pero, Señor mío, esa es la llave inglesa. El Inglés ha hecho *bishop* de *archiepiscopum*. ¿No presiente V. que el Euskera no ha debido de variar de esa manera, cuando no sólo los más antiguos documentos nos lo presentan tal cual hoy se habla, sino que los mismos términos geográficos antiquísimos de toda España, quitada la modificación latina, suenan como suenan los términos de la toponímica de la Euskalerría? ¿Cree V. que en una lengua, como el Euskera, donde se arman y desarman con tanta facilidad todos los elementos componentes de la palabra, ha de haber los cambios, contracciones, epéntesis, aféresis y demás zarandajas que se dan en las lenguas indo-europeas por haberse adherido hasta tal punto los elementos componentes de la forma, que se ha obliterado su estado primitivo y hasta se ha olvidado su valor?

Si cualquiera forma verbal euskérica, compuesta de ocho a diez sonidos, cada uno con su valor propio, perteneciera al Latín, al Griego o al Sanskrit, hubiera perdido la mitad de esos sonidos y hubiera cambiado la otra mitad en pocos siglos. En Euskera la infinidad de formas verbales, tan complicadas todas ellas, no las fabricaron los pobres caseros que conocemos desde hace 20 siglos; ¡son anteriores! Y no se han obliterado ni cambiado. Y es que una sola letra que se cambiara la confusión cundiría por todo el sistema verbal y adiós verbo y adiós Euskera.

Todo lo cual nos dice que el Euskera debe de tener otras leyes y principios, distintos de los que rigen las lenguas indo-europeas, y que antes de meterse a etimologizar en Euskera es indispensable establecer esas leyes y principios, sopena de incurrir en las mismas arbitrariedades, que nos hacen reír en Larramendi, Moguel y Astarloa, aunque a esas arbitrariedades viejas se las vista a la moderna con títulos retumbantes y griegos a ser posible, para que nadie entienda que lo que dicen es lo mismo que sabe todo hijo de vecino, que *epéntesis* es una *añadidura* y *aféresis* un *quite* con que se trastea una dificultad insoluble, y *rotacismo* una *r* derivada de *s*, etc., etc.

Con eso no hacemos nada, si no es colorear científicamente nuestra ignorancia; lo que importa es dejar los antiguos sistemas, que en otros nos parecen ridículos, y en nosotros muy científicos o por lo menos aceptables. Ni hay que dejarse engañar porque los sigan anticuarios de fama, que no por serlo son lingüistas, ni entienden jota de Bascuence, Georgiano o Celta y ni aún de Sanskrit o Arabe, porque hayan empedrado el Diccionario de la Academia de etimologías traídas de los cuatro puntos cardinales del globo terráqueo».

JULIO CEJADOR